

Eros

Sandra Jaramillo

Eros



Sandra Jaramillo

Capítulo 1

Esta es una compilación de cuentos, dedicada a todas aquellas parejas que habitan este planeta.

Eros

Índice:

Introducción

Amor Eterno

El Roce de los Cuerpos

Bajo la Penumbra

Introducción

En un taciturno instante de su inmortal existencia, esa deidad mitológica llamada Eros, se apiadó de nosotros los humanos y decidió venir a la Tierra a traernos como presente el amor y el sexo; dos vocablos tan afines pero a la vez tan disímiles, que es difícil hallar la diferencia.

Para nosotros, unos simples mortales que deambulábamos entre la desidia y la deshonra, fue complicado entender el verdadero significado de tan preciado legado. Nuestra ignorancia, obligó al sexo y al amor a separarse. A partir de entonces, el uno no necesita del otro para salir a flote; los dos se transformaron en entes independientes, que aprendieron a sobrevivir fácilmente el uno sin el otro.

El sexo se convirtió en esa porción carnal y animal que llevamos por dentro los seres humanos; allí gobiernan el deseo y la lujuria, que nada tienen que ver con ese sentimiento puro y casto que es el amor.

Arrepentidos por el mal que ocasionamos, hemos hecho hasta lo imposible para que sexo y amor sean nuevamente una sola unidad y aflore el romance. Desafortunadamente muchas veces nuestro esfuerzo no produce ningún fruto, y por más que batallamos, el sexo y el amor continúan siendo esos dos universos paralelos, que por más que lo intentan, les es imposible encontrar un punto de encuentro. Por el contrario, en su constante frenesí, ambos nos arrastran con ellos, llevándonos a la locura.

El amor siempre ha emergido del corazón y el alma; mientras el sexo, nace y termina en nuestros genitales. Sin embargo hay algo en lo que sí coinciden, y es que los dos crecen para alimentar nuestro ego; esa parte "Narcisa" que todos poseemos, pero que en este momento no viene a lugar.

Capítulo 2

Amor Eterno

En los confines del universo donde se entrecruzan el tiempo y el espacio, se condensan recuerdos y memorias que gravitan en silencio. Allí la vida vibra y se estremece multiplicándose o transformándose segundo a segundo. En ese inmenso cosmos milita la evolución de la materia creando nuevos entes; mutantes especímenes que habitan el inmortal caos, esfera indescifrable atiborrada de misterios, enigmas y leyendas. En aquel lugar se desarrollan miles de millones de historias, algunas de ellas esconden memorias de grandes amores saturados de pasiones, perfumes y afectos. Aquellos amantes clandestinos, se ocultan en la penumbra para profesarse su amor eterno; mientras sus aliados son pieza clave para sacar a flote su afecto y derrotar las adversidades del destino.

Fue así como en medio de ese fastuoso universo nació Luna, una primorosa joven que moraba el Sistema Solar. Tanta era su belleza que muchos se atrevían a aseverar que era la joven más encantadora de toda la órbita y sus inmediaciones; desdichadamente toda su magnificencia no era suficiente para vencer el solitario destino que la marcaba. Vivir en la oscuridad era su suerte, ya que durante el día, la luz opacaba por completo su hermosura, desapareciendo ante los ojos de todos. Por ese motivo su madre la Tierra; ese "pequeño planeta azul" donde vivimos los humanos, la custodiaba constantemente sin apartarse un solo instante de su retoño.

En una fecha cualquiera, la Estrella de Oriente invitó a Luna a salir para regodearse en compañía de auroras boreales, estrellas fugaces y furtivos meteoros que deambulan en medio de la bóveda celeste. Todos ellos seres de la oscuridad, que llenan de esplendor las noches de los exiguos seres humanos.

La Tierra concedió permiso a su hija para salir, con la condición de que regresara antes de la alborada. Por primera vez Luna tuvo la oportunidad de divertirse y compartir con sus amigos, gozando como nunca de ese inusitado crepúsculo, mientras advertía los enigmas e intimidades de la inescudriñable noche. Al regresar a casa, prometió a sus compañeros que se reuniría con ellos nuevamente. Sin embargo las cosas con su madre no eran tan fáciles como ella lo deseaba y en repetidas ocasiones no pudo asistir a la cita. Ella debía conformarse con observarlos desde su ventana y hacerles señas indicándoles que no podía salir.

Como cualquier otra joven sedienta de aventuras, Luna estaba ansiosa por ver el mundo a plena luz, y aprovechando un ligero descuido de su madre, salió antes de que comenzara el ocaso. Ese atardecer Luna ostentaba un esplendor único en ella y toda su esencia resplandecía más

que de costumbre.

En su anhelada expedición coincidió con un apuesto joven, quien le arrebató descaradamente una mirada cuando sus ojos se cruzaron en silencio; mientras sus destinos se entrelazaban a pesar del gigantesco abismo que los separaba. Los dos eran parte del mismo universo, aunque sus vidas pertenecían a mundos opuestos. No obstante el amor con sus trucos y sus peculiares maniobras, se había confabulado con sus incondicionales aliados, para unir a ese par de caminantes por un instante.

El joven al ver a Luna quedó hechizado con su belleza, y no tuvo reparo alguno para indagar quién era esa diosa que tenía en frente.

–Mucho gusto hermosa doncella, mi nombre es Sol, disculpe mi indiscreción pero no me perdonaría jamás el dejarla seguir sin haberle preguntado su nombre – dijo el joven.

–Yo soy Luna –replicó la joven en medio de una sonrisa tímida y encantadora.

–Había escuchado hablar mucho sobre ti – advirtió el Sol. – ¡La verdad es que todos se quedaron cortos cuando me describieron lo hermosa que eras!

–Gracias por tus palabras, ¡Para mí también es un placer! poder conocer finalmente al tan mencionado “Astro Rey” – indicó ella.

Absortos por ese fugaz encuentro entre dos corazones que se cruzan en el preciso instante, donde todo coincide y se entreteje creando un halo de magia y de ensueño que abre las puertas a un impetuoso amor que emerge de la nada. Luna y Sol se miraron fijamente en silencio prendados uno por el otro. Ansiaban arduamente detener el tiempo para poder disfrutar un rato más de esa grata coincidencia. No querían tentar al destino y temían que si se separaban no volverían a verse jamás.

–Desafortunadamente mi querida Luna se me está haciendo tarde y debo marcharme. ¿Dime cuándo te puedo ver nuevamente? –preguntó finalmente el Sol.

–La verdad no creo que eso pueda ser posible, ya que nuestros horarios nunca coinciden.

Los dos experimentaron una infinita tristeza al tener que despedirse y pensar que tal vez nunca más se volverían a ver. Sin embargo, acordaron

una cita para reencontrarse en ese mismo lugar.

Los días transcurrían velozmente y aunque Luna y Sol hacían lo imposible por disfrutar aunque fuera un instante de su compañía; la mayoría de las veces todo su esfuerzo era en vano. Pese a las dificultades, el amor que había nacido entre ellos se hacía cada vez más grande. Sus sentimientos crecían como una monumental ola que arriba del océano atracando la orilla y sobrepasa cualquier obstáculo que se encuentra a su paso. Cada minuto de sus vidas, aguardaban el momento en que pudieran encontrarse nuevamente, para expresarse el profundo amor que sentían.

Infortunadamente para ellos el mordaz paso del tiempo continuaba raudo su recorrido y solamente en unas breves ocasiones los amantes coincidían con sus horarios.

Mientras tanto desde la distancia, Venus era testigo del inefable romance entre dos seres dispuestos a luchar por el amor que se tenían. Para ellos no importaban las fronteras ni vallados, con tal de poder verse por tan solo un milisegundo de su eterna existencia.

Venus se conmovió de los jóvenes y decidió reunir a sus padres; tratando de hallar una solución para ese par de enamorados.

Aunque la Tierra y la Vía Láctea estaban de acuerdo con el sublime lazo que había aflorado entre sus hijos, no veían la forma de poderlos ayudar a estar juntos.

–Luna solo puede salir de noche –indicó la Tierra. –Si saliera de día se desvanecería por completo y tanto los habitantes de la Tierra como yo la extrañaríamos muchísimo. Ella es la eterna compañera de los enamorados y la musa inspiradora de artistas, poetas y pintores.

–No debemos olvidar a mi hijo el Sol, “El Astro Rey”. Sin él todo ser vivo sobre la Tierra desaparecería rápidamente, incluso el Sistema Solar donde todos ustedes habitan se extinguiría para siempre –señaló la Vía Láctea.

–Sin embargo se me ocurre una idea –replicó nuevamente la adorable Venus. –Podemos establecer una fecha para que por lo menos una vez cada tiempo, los dos coincidan en sus horarios y puedan dar rienda suelta a ese profundo amor que se tienen.

Así fue como las fuerzas del universo se unieron por una misma causa y el amor una vez más desafió las barreras del destino; logrando emerger

airoso del gigantesco abismo en que se encontraba.

Desde entonces cada cierto período, los jóvenes tienen la posibilidad de estar juntos y dar rienda suelta a sus sentimientos para expresarse abiertamente el inmenso amor que se profesan.

Sin importar el lapso que necesiten esperar, ellos fantasean con ese instante en el que el Sol y la Luna se convierten en uno solo.

A ese sublime acto de amor, nosotros los habitantes de la Tierra lo llamamos "eclipse de Luna o eclipse de Sol"; sin intuir que lo que verdaderamente estamos presenciando, es la más maravillosa expresión de cariño que jamás haya existido entre dos seres que se aman profundamente.

Capítulo 3

El Roce de los Cuerpos

Tan pronto me acostumbré a su perfume, su cuerpo se marchó de mi lado.

Llegó y se fue como aquel barco pirata que arriba con el ocaso en busca de su botín, y al despuntar la aurora, zarpa sin dejar rastro.

El conocernos fue una más de las travesuras del destino, de ese que ha sido escrito mucho antes de nacer, y por más que tratamos de esquivarlo, siempre termina arrastrándonos hacia él.

–A cambio de un trago vaticinaré tu futuro –me dijo aquella hermosa gitana, de ojos color aceituna y cabellera azabache, libre y salvaje igual que ella.

Así comenzó la historia de un par de almas errantes, que por azares de la vida se cruzaron en el camino. Ambos éramos seres del universo sin tierra ni frontera; aves que han huido en busca de la libertad ansiada, aprovechando esos segundos de descuido.

Aquella monumental diosa, apareció en una época en la que andaba sumergido en un mundo de bajezas; para compartir conmigo su fortuita presencia.

Sin una sola palabra, sin promesas ni convenios, nació el más excéntrico romance. En ese incongruente amor, afloraron libremente los más tórridos sentimientos, enfrascados en un universo de lujuria y desenfreno. Fue un amor delirante, un huracán atiborrado de emociones, que nació libre e impetuoso como el océano.

–Quédate esta noche –me dijo susurrándome al oído.

Aquella quimérica diva, poseía una voz profunda, aterciopelada y misteriosa, con la que logró dominarme hasta someterme descaradamente, a sus fogosos caprichos.

Quién podría negarse ante esa hermosísima ninfa, de caderas amplias y senos erguidos, cuya piel morena, joven y perfecta, poseía los sabores del más dulce néctar; y ni que hablar de su natural perfume, que

embriagaba mis sentidos y despertaba mis más eróticas fantasías.

Ella era esa ola que llega repleta de historias, a esa playa que la aguarda para escuchar sus murmullos y rozar por un instante su cuerpo.

En medio de una realidad absurda fue creciendo nuestro afecto, como esa pequeña llama en medio del bosque que con el ligero soplo del viento, se convierte en un devastador incendio que arrasa todo al descubierto.

– ¿Quién eres? –pregunté sin obtener respuesta alguna.

Para ella no existían nombres ni apellidos, no permitía nada que la encasillara o la enjaulara, y por ningún motivo, accedía a ser parte de la legión de figurillas que deambulan por las calles, cumpliendo órdenes y siendo una ficha más en la jungla de cemento.

–Los que me conocen me llaman “Libertad”. –respondió finalmente.

Con aquella perfecta “Libertad”, me sumergí en un torbellino de besos y caricias, donde las pasiones se entretejieron en el más excelso “Kama Sutra”. Todo aquel estado afrodisíaco y desinhibido, terminó arrastrando nuestra exigua existencia hasta una trampa mortal, de la cual, ninguno de los dos trató de escapar.

Para un recio marino como yo, que llevaba meses en medio de hombres malolientes; aquella diva fue el trofeo perfecto, para desfogar las largas noches de celibato.

En un cuartucho de hotel en medio de un caluroso verano, nuestros cuerpos se aparearon una y otra vez.

Como todo buen macho tratando de seducir a su hembra, rocé con mis dedos lentamente su cuerpo, luego mis manos acariciaron sus pechos, su vientre y su grandiosa selva húmeda, mientras nuestras lenguas se fundían en un apasionado beso.

Aquella diosa era una completa delicia, que con sus susurrados gemidos, aumentaba mi afán por poseerla.

Apretándola contra mí, sentí como temblaba y se estremecía con cada

caricia y cada beso.

Impulsado por un oleaje de lujuria, mi sangre ardió enardecida por las ganas de hacerla mía; ansiaba con todas mis fuerzas, entrar a través de su vagina acuosa, dispuesta a ser penetrada, mientras concedía y recibía placer.

A partir de ese día, nuestras noches estuvieron repletas de lujuria. Juntos penetrábamos una jungla saturada de pasión y sórdidos quererres, donde aplicábamos un conjuro de caricias repartidas, con morbo y con deseo.

El sofocante calor, sumado a la fricción de nuestros cuerpos, provocaba un dulce néctar que nos embriagaba y envolvía en un remolino de delirio y desenfreno.

Siempre que la tuve a mi lado repasé cada milímetro de su cuerpo, necesitaba mantener viva la llama que había encendido en ese abismo de misterios, donde la memoria guarda las huellas de otros besos. Quería borrar para siempre de sus recuerdos, cualquier rastro de otro hombre que hubiera acariciado su cuerpo.

-Pensé que no vendrías -le dije una noche cansado de esperarla en nuestro lecho.

-Soy un ser del orbe que anda por la vida sin cadenas; para mí solo existe el ahora y el momento -respondió ella a mis estúpidos reclamos.

Esa noche me dio a entender, que éramos tan solo un par de marinos navegando el mismo océano, que al quedar atascados dentro de un mar violento; decidieron unir sus cuerpos mientras la tormenta cesaba y veían pasar el tiempo.

En lo etérea de aquella unión las jornadas transcurrieron prontamente, y esas dos almas cadenciosas que coincidieron por tan solo un momento; disfrutaron de un quimérico sueño, que culminó al alba con caricias apuradas y lánguidos besos.

Cuantas veces fundidos en el silencio, traté de darle un apelativo a ese abrasador encuentro, sabiendo que era imposible que dos seres libres

como el viento; amos de su propio espacio que aborrecían los compromisos y juramentos; aceptaran cortar sus alas y someterse a un desierto encierro.

Nunca prometimos nada, tampoco afirmamos amor eterno y mucho menos nos dimos falsas esperanzas, con mediocres engaños e ilusorios arreglos.

Los dos no éramos más que un par de estrellas fugaces, que coincidieron por un instante mientras surcaban el basto cielo.

–Mi caravana parte mañana –me anunció en medio de sus jadeos.

Ese crepúsculo saqué a flote mis habilidades de “Don Juan”. Amándola como nunca y como siempre, repasé cada fracción de su piel. Comenzando por su cuello la fui seduciendo lentamente, preparando el terreno para satisfacer todos sus deseos.

Al acariciarla sentí su cuerpo temblar en medio de sus jadeos. Por un rato me detuve a saborear esos maravillosos senos, donde saciaba mi sed de deseo. Suavemente descendí hasta sus muslos, que abrían paso a ese monte bañado de fluidos y venenos.

Con el transcurrir de la noche, sus gemidos aumentaron dando vida a un magistral concierto, cuyos acordes fueron sus sollozos y sus resuellos.

No se cuántas veces nos revolcamos en ese lecho, hasta calmar por completo nuestras ansias de sexo; para finalmente sucumbir vencidos por el cansancio, mientras continuábamos fornicando en nuestros sueños.

De la misma manera que mi hermosa ninfa llegó a mi puerto, al llegar la mañana se marchó en un completo silencio, dejando a su salida, indisolubles marcas en mi cuerpo.

Sin mirar hacia atrás la vi alejarse, e igual que el ave de paso que al alzar el vuelo; mi diosa no comentó si volvería después del invierno.

De aquel tórrido romance quedaron solo memorias en el baúl de los recuerdos; de un par de vagabundos que disfrutaron plenamente, de su amor pasajero.

Capítulo 4

Bajo la Penumbra

Julián y Ana corrían en medio de las oscuras calles; tratando de hallar un lugar donde resguardarse, del torrencial aguacero que acompañado de una fuerte tormenta eléctrica, caía sobre toda la ciudad.

Era más de media noche y todos los establecimientos que encontraban a su paso, habían cerrado temprano a causa del mal tiempo.

Finalmente, localizaron un refugio en un rincón de la calle, el espacio era escaso y precisaban estar uno junto al otro para no continuar mojándose.

La cercanía, el calor por la carrera, la humedad de sus cuerpos y los tragos en la cabeza, ocasionaron que el roce de la piel, encendiera la llama del deseo. Envueltos en la sombra, comenzaron a besarse y acariciarse uno al otro. La pasión se acrecentaba con cada caricia indebida y cada beso empeñado, en donde saboreaban gota a gota, las mieles del placer prohibido.

Dominados por un apetito sexual incontrolable, la joven pareja paró un taxi que los condujo rápidamente hasta el apartamento de Julián. Allí nadie interrumpiría su faena y podrían continuar tranquilamente con lo que acababan de iniciar.

La tempestad los había transformado en un par de dementes enardecidos, lujuriosos y ávidos de sexo; de ese que se tiene por el gusto de sentir el mórbido placer carnal, que enloquece y encandila los sentidos; convirtiéndolo en un acto completamente visceral, que lo disfrutaban plenamente las vestían en celo, entre ellas el hombre.

Al cerrar la puerta, la ropa fue cayendo a medida que avanzaban hacia la habitación. Los dos disfrutaron de aquellos cuerpos desnudos y jóvenes, deseosos de ser amados y poseídos.

Entre besos y caricias, procuraron por concederse placer mutuamente. Bajo la penumbra, estuvieron un buen rato descubriendo aquellos puntos, en donde sus cuerpos se estremecían y temblaban por el deleite que sentían al ser acariciados.

Lentamente se fueron yendo, dejándose arrastrar por una fuerte corriente de erotismo y sensualidad, de la cual, era imposible escapar.

Entre gemidos, gritos y suspiros, lograron llegar juntos a un orgasmo casi perfecto. Al unísono, sintieron una corriente intensa traspasar todo su ser, mientras sus cuerpos se retorcieron de goce.

Fue un acto que se desarrolló entre la ternura y la violencia; como aquel violinista que estremece al auditorio, con esas notas que saca con vehemencia de su maravilloso instrumento.

Extenuados por la agitada jornada, Julián y Ana se quedaron dormidos, tendidos uno al lado del otro.

Cuando Ana despertó al amanecer, se descubrió desnuda al lado de Julián; su cabeza daba vueltas y no recordaba cómo había llegado hasta allá. Lo único que comprendió en ese momento, era que había pasado la noche con su mejor amigo, quien para empeorar aún más la situación, era el hermano de su esposo.

– ¿Con qué cara vería nuevamente a Luis? –se preguntó.

Tal vez el culpable de semejante desfachatez había sido la euforia del momento, tal vez fueron los tragos en la cabeza, quizás fue producto de la noche acompañada por la tormenta eléctrica, o tal vez, la emergencia que se presentó a última hora en el hospital donde Luis trabajaba, que lo obligó a quedarse de turno y no pudo asistir a la cita prevista.

Sin importar cuál fuera la razón, Ana no podía retroceder el tiempo, ni dar marcha atrás para borrar lo que había sucedido, lo único que podía hacer era enfrentar la realidad.

Se sentía un ser desleal y repugnante, para ella el adulterio era algo que no tenía perdón y nada podía justificar lo que había hecho. Sin embargo, había algo aún más grave y era la traición de una esposa y su hermano.

Julián y Ana, habían cometido una de las acciones más destructivas en las relaciones humanas, se habían burlado vilmente de la confianza de Luis. Ese par de traidores, siempre habían caminado a su lado.

Aunque dicen por ahí que el corazón no siente si los ojos no ven ¿Por cuánto tiempo podrían guardar una mentira de semejante calibre?

Ya era demasiado tarde para recobrar el camino andado, y mucho menos resarcir el daño ocasionado. Todo a causa, de unos tragos de más.